

Declaración y convocatoria a los docentes universitarios

La crisis desatada a partir del lockout agropecuario han despertado la atención y el debate de la sociedad en su conjunto y las más diversas posiciones por parte de organizaciones sindicales, sociales y políticas.

Quienes respaldamos esta declaración y convocatoria fijamos aquí nuestra posición como contribución al debate abierto y en dirección a la imprescindible intervención independiente de los docentes, los trabajadores y las organizaciones populares.

El desenlace del conflicto sobre las retenciones móviles a partir de la votación en el Senado fue un triunfo de la derecha que ha favorecido el reclamo de los monopolios sojeros reforzando, una vez más, los planteos del gran capital. Es así como ya empezaron a demandar reducciones del gasto público y mejores condiciones para el ciclo de negocios e inversiones. Estas consecuencias acarrearán incremento de precios, mayor inflación, aumento de tarifas, ajuste del gasto público, continuidad en los topes salariales, entre otras medidas que atacan a los trabajadores. Por su parte, el gobierno se ha mostrado impotente para convocar a los trabajadores durante el conflicto y persiste en una política de segmentación y precarización del mercado de trabajo, se conservan muchas de las peores leyes laborales de los '90, continúa con una política económica de sometimiento a la banca internacional y de represión a las movilizaciones.

En todos los discursos en este tiempo del conflicto por las retenciones, mucho se habló de la distribución del ingreso. Hasta lo hicieron desde las organizaciones más reaccionarias, que aceptaban el destino social de los mayores recursos fiscales con tal de lograr su objetivo contrario a toda resignación de renta, extraordinaria o normal. Como forma de legitimar la propuesta de las retenciones móviles, el propio gobierno propuso compensaciones para los pequeños y medianos productores y hasta se promocionó un plan social de salud, vivienda y caminos rurales para luego terminar explicando que los fondos recaudados se destinarían al pago de la deuda externa.

En definitiva, tales discursos "distribucionistas" ocultan el hecho de que el reparto de las ganancias se da entre los bloques capitalistas en pugna. Somos los trabajadores de la ciudad y del campo los que subvencionamos con sueldos muy por debajo de la canasta familiar, tarifazos y hasta con impuesto al salario la llamada crisis fiscal. Ahí están los hechos de Córdoba, la enorme movilización de los trabajadores para derrotar la política del recorte de las jubilaciones.

Esta situación no nos es indiferente a los trabajadores de la educación. También en nuestro ámbito estas consecuencias se profundizarán. A la ya deficitaria situación de las universidades, con sus edificios colapsados, escaso presupuesto para salarios docentes y no docentes y para asegurar las condiciones básicas de enseñanza e investigación se agrega la situación de crisis general anteriormente mencionada.

En todo este período, la AGD sostuvo la necesidad de levantar una posición independiente de ambos bloques capitalistas. Planteamos no participar en ninguno de los dos actos y de rechazar la adhesión al gobierno por la CGT y parte de la dirigencia de la CTA. En el escenario actual, debemos potenciar nuestros reclamos. En general, reclamar en forma urgente la suba del salario mínimo a los niveles de satisfacción de las necesidades populares actuales, lo que supone un ingreso mínimo de \$2.400. Se trata de asegurar ese ingreso para toda persona en condiciones de trabajar y que no tenga acceso al mercado de trabajo. La distribución del ingreso implica mejora de los ingresos populares y universalización de la satisfacción de necesidades.

Por ello, llamamos a deliberar y construir un programa de los trabajadores frente a la crisis nacional. Los docentes universitarios, organizados en la AGD y CONADUH, hemos logrado con paros, movilizaciones locales y nacionales y con carpas de lucha frente al Ministerio de Educación y el Congreso Nacional parte de nuestras reivindicaciones. Pero es necesario seguir luchando por aquellas reivindicaciones que aún faltan concretarse: la reapertura de la negociación salarial por un aumento de emergencia del 30%, la movilidad jubilatoria, continuar la lucha por el pago de todo docente que trabaja ad honorem, por un convenio colectivo de docentes universitarios que asegure la estabilidad en nuestros cargos, por condiciones de seguridad e higiene en nuestros lugares de trabajo, por la derogación de la Ley de Educación Superior y por la democratización de la universidad.

Llamamos a los trabajadores de la educación a reunirse y debatir un pronunciamiento y caminos de acción desde una perspectiva independiente para luchar por el conjunto de nuestros reclamos y en la defensa de la educación pública, estatal y gratuita.

NESTOR CORREA (Secretario General)

FABIOLA FERRO (Secretaria Adjunta)

JULIO BULACIO (Secretario Gremial)

ANTONIO ROSSELLO (Secretario de Hacienda)

MARCELA BELARDO (Secretaria de Asuntos Académicos, Investigación y Actas)

ILEANA CELOTTO (Secretaria de Prensa)

MAURICIO HORN (1-Vocal Suplente)

FABIO KALESNIK (2-Vocal Suplente)

La clase obrera debe sacar sus conclusiones

Por *Marcelo Ramal*

Profesor de Ciencias Económicas (UBA y UNQ)

Secretario Gremial de ADIUNQ

El kirchnerismo cayó sin atenuantes frente a la patronal ruralista y a la derecha en la confrontación de actos del martes 15. El resultado revela la completa nulidad del kirchnerismo como referencia popular.

En el Zoológico

"Ya no vinimos por las retenciones", bramó De Angeli, mostrando que la convocatoria de la patronal sojera apunta a un cambio de régimen. Lo destacó, el mismo día, el neoliberal Carlos Rodríguez, del Cema, en *Ambito Financiero*, al decir que antes que un cambio en las retenciones había que cambiar el sistema político. Días antes, el chacarero emblemático había advertido que el bife de lomo estaba reservado para los que pudieran oblar 80 pesos. En el acto de Palermo no hubo la menor referencia a lo que al día siguiente Mario Cafiero intentaría destacar por enésima vez: el negociado con las retenciones por parte de las cerealeras con la complicidad del gobierno y, por lo que se ve, con la de los propios ruralistas -algo que Cafiero, también por enésima vez, se empeña en ocultar. Apenas se escuchó un susurro de parte de Buzzi a los "entes exportadores" (sic) que "registran sus despachos con retenciones menores". Pero ni Buzzi ni Cafiero plantean la nacionalización del comercio exterior frente a un negociado que deja en segundo plano al de Marsans con Aerolíneas.

Buzzi sí se acordó, en cambio, de los desocupados que "sólo cobran ciento cincuenta pesos", con la innoble intención de seguir sirviéndose de la izquierda campestre como pantalla para la superexplotación del obrero rural, la cual es una de las principales bases para el desarrollo de la "burguesía rural" que Cafiero insiste en reivindicar. Como este desarrollo no tiene lugar a expensas de los terratenientes ni de los fondos financieros, deberá seguir ocurriendo a partir del subsidio de un peso devaluado y de los bolsillos de los consumidores. De cualquier modo, el lamento de Buzzi por los 'planes sociales' es harto sospechoso, pues cualquiera recuerda que fue la patronal rural la que más los combatió para conseguir mano de obra barata para levantar las cosechas.

Mientras kirchneristas y ruralistas se enfrentan por algunos puntos de las retenciones a la exportación, los gobernadores de uno y de otro bando están aumentando las alícuotas de ingresos brutos y el inmobiliario urbano o, como ocurre en Chaco y Córdoba, alterando el estatuto de las cajas de jubilaciones de las provincias para reducir los haberes de los jubilados.

Las alusiones de Buzzi y las banderas rojas de la izquierda campestre no le quitaron, sin embargo, la última palabra - que le quedó reservada por un acuerdo político- , al procesista Llambías. Al igual que Miguens, aseguró que después del voto en el Senado "la lucha continúa", amparado en el nuevo argumento liberal de que no alcanza la "legitimidad de origen" sino que hace falta la de "gestión", que es la que impulsa la derecha. El escenario para un golpe de estado ya tiene su 'racionalidad'. Seguirá el acaparamiento de granos (que llega a cincuenta millones de toneladas, todos los rubros incluidos) y se acentuará la especulación cambiaria, como lo asegura, por lo menos, la consultora de J.P. Morgan (Cronista, 16/7). De todos modos, señaló que esperaba ver "unidas a las plazas de Congreso y de Palermo", porque no olvidó que allí estaban los Scioli y los Gioja, y bastante más escondidos los Urtubey y Das Neves. Fue una invitación a la conspiración colectiva.

Mirando hacia atrás

El "campo" logró atraer a Palermo a su base social, la clase media y alta del campo y de la ciudad. El kirchnerismo, en cambio, no pudo llevar al Congreso a la clase obrera del conurbano. Se trata no solamente de una radiografía del kirchnerismo; además, denuncia su incapacidad irrevocable para enfrentar las amenazas que denuncia. Las columnas oficiales, nutridas por los aparatos, sólo cubrieron cinco cuadras hasta poco después de la calle Lima - nunca más de 60.000 personas. El proletariado no tenía ninguna razón para estar presente en el palco de la flexibilización laboral, del tope salarial, de la burocracia sindical y de la represión a las luchas obreras independientes.

Desde el palco de Congreso también se saludó a "las organizaciones sociales", evitando, como en Palermo, la palabra maldita: piqueteros. Pero se trata de las 'organizaciones' de la prebenda oficial.

En su discurso, el ex Presidente relató la "historia oficial" del lustro pasado, para no señalar las perspectivas porque ello entrañaría plantear una movilización contra el régimen social presente. Presentó como medidas nacionales el rescate económico de los privatizadores Suez (Aguas) o Marsans (Aerolíneas); habló de desendeudamiento, en momentos en que la deuda pública iguala o supera a la del año 2001; defendió la salud de las "cuentas públicas" en el país donde cuatro millones de jubilados no cubren la canasta de pobreza. Tuvo un solo gesto honesto: mencionó el 'inicio' de un plan de 200.000 viviendas, para no decir que apenas lleva construidas cuatro mil.

El discurso sólo miró "hacia atrás"; no pudo interesar al pueblo en ninguna iniciativa transformadora. No denunció a la patronal sojera, la explotación del peón rural, el envenenamiento del suelo, la expulsión de los campesinos, la evasión y los fraudes contra el fisco por parte de los monopolios cerealeros y el capital agrario. Como Buzzi en Palermo, pataleó contra "los pooles", a sabiendas de que confundía al auditorio, porque este gobierno ha batido los récords de fideicomisos con la patria contratista para evadir al fisco u ocultar negociados o, como en el caso de Enarsa, sustraerla al control público. Reivindicó su "política de alimentos baratos", pero sólo en alusión a los precios internacionales, no al salario de indigencia de cuatro millones de obreros en negro. Un economista K, de los que firman

"contra el lock-out patronal", acaba de revelar que "la participación de los asalariados en el ingreso en el año 2007 (28%) es significativamente inferior a la vigente en 2001 (31%), (Eduardo Basualdo, "La distribución del ingreso en la Argentina "). Los alimentos o tarifas más baratas no enriquecieron "la mesa de los argentinos", sólo les facilitó salarios más bajos a los capitalistas industriales y rurales.

Kirchner eligió como orador de semifondo al menemista Scioli, cuyo asesor en materia de seguridad - Juan Carlos Blumberg- se paseaba a esas horas por Palermo. Para mostrar la "cohesión" oficial, Scioli señaló que "no es momento de internas. Ya habrá tiempo en el futuro" (sic, Clarín, 16/7), anotándose así en el mercado de futuros de las conspiraciones políticas.

Crisis política

Kirchner anticipó que "respetará, cualquiera sea, la votación en el Senado". Mintió, incluso a sí mismo: una Presidenta que pone sus decisiones en manos del Congreso y que renuncia al derecho de vetar las leyes con las que no concuerda, actúa como lo hace un primer ministro en un régimen parlamentario. Es decir que está obligado a renunciar o a pedir un voto de confianza; o sea, un plebiscito. Kirchner no puede esquivar una crisis política con una frase. El kirchnerismo cree que puede abordar la crisis política con los métodos del Indek, o sea disimulando la realidad. Desde ya que una votación ajustada será tomada como pretexto por el capital agrario para continuar "la guerra por otros medios". El solo hecho de que el 'campo' reivindique ahora "el mandato de la calle", la categoría política que el liberalismo más ha repudiado en la historia, demuestra que la crisis no se arregla con eufemismos. En la nueva andanada, se sumarán los lobbys de la aviación, también los petroleros y mineros, que reclaman para sus inversiones el mismo tratamiento que pide De Angeli para el lomo. En la primera fila de esos lobbystas, están los Esquenazi, Cristóbal López, Britos o Taselli, e incluso Zapatero y Marsans, o sea la burguesía nacional kirchnerista y sus aliados.

De cara a esa perspectiva de crisis, la jornada del 15 puso de manifiesto la completa incapacidad del gobierno para desarticular la escalada derechista.

Para el kirchnerismo, "la reconquista de las calles" siempre fue la lucha contra las expresiones que protagonizaron el Argentinazo. Vino a 'recuperar' el 'espacio público' y a 'reivindicar la política', o sea las trenzas. La derecha lo acosó desde el comienzo para que despejara las rutas y las calles de piqueteros y de manifestantes. Hasta las instrucciones para convertir a Buenos Aires en un 'espacio cultural' alentaban con ello la 'reconquista' de 'lo público'. Las demostraciones callejeras del martes, y antes la infinidad de cortes de rutas 'chacareras' y del 'transporte', han puesto en evidencia que la burguesía en su conjunto ha fracasado en el propósito de devolver al Estado 'calidad institucional'.

Hay que sacar las conclusiones. El kirchnerismo no constituye ningún canal para combatir al bloque derechista y a sus conspiraciones golpistas, ni para animar una lucha nacional.

Llamamos a sus seguidores más honestos a la reflexión. En oposición al inmovilismo oficial, planteamos una deliberación política que saque a la clase obrera de su confusión y de su parálisis política, barrio por barrio, en cada lugar de trabajo y de estudio, y a preparar, sobre la base de un trabajo amplio, asambleas populares capaces de desarrollar planes de lucha. Tenemos por delante un panorama contradictorio de características explosivas: una movilización popular dirigida por la derecha, mientras las condiciones nacionales e internacionales del capitalismo se fracturan como el glaciar Perito Moreno.

Que el campo no tape el bosque

Eduardo Grüner

La situación, pese a las apariencias de una "tregua" momentánea, se vuelve cada vez más compleja. Hay que seguir machacando sobre lo que persiste, y al mismo tiempo tratar de incorporar las "novedades". Empecemos por lo más general. A esta altura no hay más discusión: el tema no son las retenciones. Precisamente *porque* el gobierno dice que eso no tiene vuelta atrás -si bien ha optado por enviarlo al Congreso, donde puede encontrar *algún* riesgo, pero produciendo algunas modificaciones que tienden a subsanar "errores de procedimiento" previos-, el "campo" (por lo menos algunos de sus "punteros") dice de todas las maneras posibles que no tolerará nada *menos* que una vuelta a "fojas cero". Si el pase de la cuestión al parlamento -constitucionalmente innecesario, pero presentado como muestra de buena voluntad- deja las cosas como están hoy, ya se ha adelantado que será tomado como mera *obediencia debida* al gobierno, y por lo tanto inválido en cuanto a su legitimidad "de ejercicio". El gobierno, es de suponer, apuesta a que el Congreso produzca algunas modificaciones que apacigüen los ánimos, pero no tantas (y ciertamente no la lisa y llana anulación) que no le permitan salvar la poca "cara" que le queda. Es probable que igual esto no sea suficiente. Su crisis, incluso interna, es muy fuerte. En las condiciones actuales, no alcanzará para detener la ofensiva. Ya se habla bastante seriamente de "reemplazo", incluida la "solución interna" por el lado, cuándo no, del "duhaldismo" y afines.

Está claro. Se trata de una puja de poder. Pero eso es la *actuación* del tema, no el *tema*. El *tema*, el de fondo, no es "lo que hay", sino lo que *falta*: la distribución de la riqueza. Eso ya está totalmente sobre la mesa. Pero lo está, sobre todo, en el *futuro* más o menos inmediato, y eso es lo que está peleando, anticipadamente, la (no tan) "nueva derecha": el futuro, el de la *renta* y el del *poder*. Y lo está peleando no principalmente contra el gobierno -que aparece, por ahora, como un *pre-texto* más o menos "molesto", un socio poco confiable con alguna pretensión de autonomía-, sino contra la *sociedad*. Fundamentalmente -y por eso *hay*, aunque en un sentido *sui generis* y hasta perverso, "lucha de clases"- contra los sectores populares más victimizados, más indefensos y explotados. Es fundamental y urgente oponerse a *esto* con todas las fuerzas, al mismo tiempo que interpelar sin concesiones al gobierno por todas sus "fallas". Pero, vamos por partes.

El modelo de los "modelos"

No hay, en efecto, *dos* "modelos". Hay, con buena voluntad -y en este caso, todavía es necesario mantener un poco de esa buena voluntad-, dos *estilos* de administrar el modelo heredado *por* -y ligeramente reformulado *desde* - la crisis del 2001, y cuyas condiciones *políticas* estuvieron dadas por la sangrienta dictadura de 1976 / 83, de la cual los actores hegemónicos de la derecha "campestre" fueron no sólo cómplices, sino instigadores. No es cuestión de despreciar los "estilos": a veces expresan sensibilidades distintas, con distintas "maleabilidades" que en ciertas coyunturas pueden afectar los "contenidos". En este sentido es *verdad* -sería necio negarlo- que es el propio gobierno el que (sea por voluntad propia, sea obligado por las circunstancias) ha extraído de la galera el significativo *re-*

distribución, que hacía décadas que no se escuchaba pronunciar desde el Estado. Pero, sea o no sincera la "sensibilidad", aquí hablamos de política, y no de sensibilidades. Retomemos pues la variable "dura": *no hay* dos modelos. La *voluntad* expresada por el gobierno de producir una re-distribución de la riqueza es, aunque tardía, bienvenida. Hay que defenderla, sin reticencias. Pero esa voluntad no se ha traducido aún en hechos, ni ahora ni antes. No hubo ese proyecto de un país socialmente más justo que ahora algunos sectores "campestres", hipócritamente, fingen reclamar sólo para asegurarse de que sus ganancias sean todavía más extraordinarias.

Es imprescindible tener esto último absolutamente claro: durante los casi cuatro meses de conflicto los "campestres" *no dejaron* de producir ni de exportar; por el contrario, aumentaron sus exportaciones y sus ganancias. Aquí no hubo ningún *lock-out* (no digamos ya un "paro"): no hubo "fábricas" cerradas ni paréntesis productivo. Lo que hubo fue un gigantesco *boicot* a la cadena de distribución de alimentos populares, con el consiguiente desabastecimiento y encarecimiento de las mercancías: el movimiento "reivindicativo" del –falso– "campo" se hizo sobre los bolsillos y las espaldas de las capas más sufridas e indefensas de la sociedad. La denominación "campo" es asimismo hipócritamente falsa. No solamente porque –en una típica operación fetichista de *pars pro toto*– en ella no están incluidos los trabajadores rurales super-explotados, los *en serio* pequeños campesinos en estado de colapso económico por la hiper-concentración de la tierra (y que, como lo han dicho hasta el cansancio, no se sienten *en absoluto* representados por ninguna de las "cuatro entidades"), ni las comunidades indígenas hambreadas hasta el genocidio: también porque aún descontando todos esos "descartables", lo que queda *no es* por sí mismo el "campo". Es una *parte* del "campo" cuyos intereses *destructivos* de la tierra arrasada por la hiperrentabilidad de la soja transgénica (que *no se usa* para alimentar a los hambrientos del mundo, sino para forraje y bio-combustible) están inextricablemente unidos a las grandes multinacionales del "agrobusiness" (Monsanto, Cargill, Dreyfus, Bunge y Cía.). En todo caso, pues, es el (muy parcial) "campo" *más* (o mejor, *junto con*) la más tecnológicamente avanzada industria "global" vinculada a la producción agraria capitalista y la especulación mundial del capital financiero.

Por esta razón, también, es una completa *mentira* que lo que se juega en el conflicto es la secular contradicción Capital / Interior. En el mundo de la completa *mundialización* de lo que Meszarós llamaría el *sociometabolismo* del Capital, no se puede pensar –al menos no decisivamente– en términos territoriales dicotómicos. El "Interior" tiene, desde luego, sus propios problemas, derivados de la conformación histórica del país, cuya lógica territorial fue diseñada por *ese mismo* liberalismo portuario que ahora la derecha "campestre" y sus socios agro-industriales pretenden reimplantar a cualquier precio. Pero, y justamente por eso, la derecha "campestre" tiene intereses objetivamente *enfrentados* a los del verdadero "Interior". La derecha campestre tiene sus propias "capitales", que por supuesto incluyen a Buenos Aires, pero sobre todo a Nueva York, Londres, Hong Kong o Tokio.

El gobierno –este, y por lo tanto el anterior– le hizo el caldo gordo a esa hipocresía al no poder ni querer plantear claramente una alternativa. Lo único que tuvo, en el mejor de los

casos, fue un proyecto de acumulación tímidamente pro-industrialista ("neo-desarrollista", lo llaman algunos) que no tocó ninguna de las estructuras básicas heredadas de la "revolución" neoconservadora que arrasó al país en las décadas anteriores: ni la especulación financiera, ni el regresivo sistema fiscal, ni la desnacionalización energética y minera, ni las grandes multinacionales agroindustriales, ni los oligopolios de comercialización, ni las licencias leoninas de los medios de comunicación, ni por supuesto la nueva "patria sojera", a cuyo aumento y concentración ayudó. Al contrario: montó sobre todo eso su "modelo" de acumulación. Actuó –otra vez: en el mejor de los casos, ingenuamente- bajo la interesada hipótesis neoliberal del "derrame": primero se acumula, después se reparte. Falso de toda falsedad. La lógica es exactamente la inversa: primero hay que tener el "modelo", el *proyecto* de distribución, y luego se orienta la producción según las líneas de ese proyecto. No es lo mismo producir para pagar la deuda externa o para beneficiar a los *pools* de siembra o los *agrobusinessmen*, que producir para beneficiar a los sectores populares y al mercado interno. El gobierno, en buen peronismo, y sin tener por ello necesidad de convertirse en Chávez o en Morales si eso no le gustaba del todo, podía haber hecho todo eso: tenía, a partir del 2003, el dinero y la "base de masas" –por lo menos bajo la forma de los votos, y de una "opinión pública" mayoritariamente favorable- más que suficiente. Tenía el "No lo hizo, y perdió en apreciable medida su base de legitimación. Eso es lo que importa, y no las imbecilidades pequeño-burguesas sobre los vestidos de Cristina o el "autoritarismo" de Néstor, o siquiera el "clientelismo" (que *todos* los gobiernos han practicado de una u otra manera).

Lo que ha debilitado al gobierno, hasta el punto de ponerlo contra las cuerdas, es esa pérdida, que podía haber evitado con sólo un pequeño esfuerzo de voluntad política, y sin excesiva resistencia por parte de la derecha económica, que por un lado estaba volviendo a hacer negocios brillantes, y por el otro hubiera temido una movilización de masas consistente en defensa de un gobierno "repartidor" (con o sin corruptelas: ya se sabe cómo es eso). Era la situación ideal para un gobierno "burgués". La desperdió (o mejor, no pudo hacer otra cosa, dados sus compromisos), y le dejó las masas a la derecha. No son las *mismas* masas, por supuesto. Pero es la primera vez que un gobierno autoproclamado "nacional y popular" no tiene base de masas propia, y en cambio sí la tiene –sea o no "espontánea"- la derecha "campestre". Y no sólo eso le ha dejado a la derecha: como decíamos, le ha dejado a la derecha –y también a una cierta izquierda parálitica de ideas- los argumentos cínicos de la "redistribución" o la... ¡reforma agraria! Mientras tanto, el gobierno tiene que crear "masas artificiales" para llenar la Plaza. Está bien que se llene: hay que defender lo que todavía sea defendible ante lo peor. Pero aunque logre hacerse eso todos los días, cada vez será efímera si el gobierno no logra recomponer una base de masas propia y *auténtica* (sin eso, la *recuperación de la política*, por la que tanto se brega, es apenas más gestión burocrática de "lo que hay", y encima con corrupción e ineficiencia). Y eso solo lo lograría cumpliendo *a fondo* sus promesas de una redistribución *a fondo*, y no simplemente enunciándolas.

De los sentidos de la oportunidad

Llegados a esta situación, ¿dónde estamos? Con la derecha campestre a la ofensiva, y con una "crisis orgánica" de dimensiones dramáticas. No decimos una crisis "terminal", pero sí en estado de agravamiento. ¿De dónde proviene? Mil veces, en las últimas semanas, se ha hecho la pregunta: ¿Por qué *ahora*? ¿Por qué a Cristina, y no antes a Néstor? Salvo que se crea en la pavada de un estructural machismo argentino (y no decimos que no lo haya, sino que en política la psicología tiene patas cortas), la respuesta parece sencilla: era la mejor *oportunidad*. La sociedad – *toda* la sociedad, aunque por las razones anteriores fue la derecha la que supo sacar provecho- sentía oscuramente que con el traspaso de gobierno (que, como sabemos, era solamente un trámite, pero no por ello menos simbólico) se había cumplido la etapa de acumulación, y la expectativa era que ahora viniera la de reparto. Más allá de las mentiras del Indec –otra torpeza absolutamente innecesaria- había una notoria recuperación macroeconómica, y había una cierta recuperación de la ocupación y del salario, aunque asomaba la amenacita de la inflación, desde ya elevada a catástrofe apocalíptica por la derecha. Y, aún con algunas inconsistencias y tropiezos, parecía establecida una política de derechos humanos más firme, y se había "saneado", con todo el debido respeto a la "legalidad burguesa", la impresentable Corte Suprema. Estos solos datos, comparado con lo que había sido la etapa inmediatamente anterior (recuérdense los saqueos, el "corralito", el *default*, los muertos del 19/20 de diciembre, Kostecki y Santillán, y un largo etcétera), eran legitimación "burguesa" suficiente como para avanzar un poco más. Como diría Alejandro Horowicz, en el 2003 se había encontrado un tranvía que nos sacara del pozo; para salir del pozo, cualquier tranvía, fuera donde fuera, venía bien. Ahora había que decidir cuál era la estación terminal. Era la hora del reparto, y de darle a ese reparto una *lógica social*. La propia presidenta lo insinuó, con su retórica eficaz, diciendo que no llegaba como garante de las ganancias de los empresarios. Y ahí quedó todo, hasta la medida aislada, tomada fuera de un contexto redistribucionista más totalizador y planificado, de las retenciones.

Desde ya que no es seguro que si ese contexto y aquella base de masas hubieran existido, la derecha campestre se hubiera tenido que callar la boca, pero al menos sus alaridos históricos le hubieran salido más caros, porque su reclamo –de una avidez y mezquindad absolutamente indefendibles por el más común de los sentidos- hubiera quedado inmediatamente deslegitimado.

En las condiciones reinantes, el gobierno quedó tan aislado como la medida. La reacción descomunadamente desproporcionada de muchos sectores que estaban entre los más beneficiados por la *ausencia* de un proyecto alternativo del gobierno (y también por la *presencia* de un aliento al modelo actual, bajo la ilusión de un crecimiento ininterrumpido) tomó a este completamente por sorpresa. Quedó como estupefacto ante la súbita conciencia de que había estado girando en falso, confiando por un lado en vaya a saber qué ética empresarial de sus socios "burgueses" –cuando nada menos que los peronistas deberían haber sido más "pillos" al respecto-, y por otro en la legitimidad *formal* brindada por el 46 % de los votos "populares", cuando debió haberse apoyado en los cuerpos *reales* que estaban

detrás de esas papeletas. No, siquiera, para producir un giro de 180 grados: sencillamente para consolidar un *capitalismo "racional"*, como fue siempre su única ambición.

Montada en esa estupefacción –a la que el gobierno fue llevado, en primer lugar, por *sus propias* "opciones estratégicas"- la derecha campestre, como se dice, "vino por más". Ya no le alcanzó con la demanda de retrotraer todo al 10 de marzo y eliminar las retenciones. Empezó, muy seriamente, a discutir el *poder*. Ya no se trataba de unos puntitos más o menos en la disputa retentiva, sino de la disputa por *quién manda* en esta "sociedad de responsabilidad (muy) limitada". Transformando aquel mezuquino reclamo sectorial (que no consistía siquiera en que no le *sacaran* algo, sino en que no le estorbaran *ganar* mucho más) pergenió una estrategia de "doble poder", actuando como un Estado dentro del Estado: cortando rutas como si fuera una aduana interna, desabasteciendo a la población, encareciendo más aún la canasta familiar, cuestionando la legitimidad misma de las instituciones, apoderándose de los símbolos nacionales, y estableciendo de hecho el *estado de sitio* en el país, con infinita mayor prepotencia *corporativa*, "privatizada", que la que le atribuían al gobierno legalmente electo (porque sostener, en un país con una historia reciente como la nuestra, y desde una acción de sabotaje *nacional*/llevada a cabo por empresarios *privados*, que el gobierno es "autoritario" porque detuvo con guantes de seda a De Angelis durante cuatro horas, es una canallada de un cinismo incalificable; sobre todo cuando al mismo tiempo *se calla* que este gobierno sí reprimió conflictos obreros y populares, con la anuencia o al menos el silencio cómplice de los mismos que *ahora* lo tildan de autoritario).

O sea: los agentes de la derecha campestre desnudaron, con la mayor transparencia que se haya visto en mucho tiempo, quién tiene el *verdadero* poder en una sociedad capitalista "periférica" como la argentina. Lograron, muy hábilmente, concitar una cierta base de masas, rurales y urbanas. Masas complejísima heterogéneas: en el río revuelto, la derecha campestre pescó de todo: desde auténticos pequeños chacareros que –ya sabemos que ese fue otro craso error- no fueron diferenciados por el gobierno como *relativamente* más "perjudicados" por las retenciones, hasta señoras gordas de Recoleta, atragantadas de gorilismo visceral (y el "gorilismo" no es solamente antiperonismo político: es *odio de clase* arcaico y ancestral; eso puede encontrarse también en mucha derecha muy peronista); desde señorones de sobretodo cruzado de pelo de camello que añoran el glorioso marzo del 76, hasta kiosqueros de clase menos que media-media de barrios como Floresta o Caballito (a los que convendría no idealizar demasiado: son lugares donde se esclaviza a los bolivianos a la vista de cualquiera). Todos tenían una *parte* de motivos –materiales o simbólicos-. Solo la *verdadera* derecha, el *verdadero* poder económico, tenía el *todo*: un proyecto, consistente en el regreso a épocas más "transparentes", en las que ellos gobernaban *a través* del estado, y no *negociando* con él, aunque fuera dentro de la encomandita. En aquellos *altri tempi* habían logrado seducir a esas multitudes módicas y heteróclitas con el fetichismo perverso del brillo de los sables y el colorido de las charreteras. Pero los tiempos cambian: ahora somos postmodernos, políticamente correctos y "espontáneos". Esta vez los sedujeron con la retórica anti-política del ex – "que se vayan todos", con las asambleas, los piquetes blanqueados, las cacerolas ideológicamente ambiguas, la naturalización

del supuesto desinterés de los "autoconvocados" (como si en política eso fuera un valor), el mito bucólico del país gaucho, la reedición cínicamente falseada de la oposición federales / unitarios, las apelaciones a la "democracia" contra el "autoritarismo". Y, claro, con la consigna históricamente más amada y movilizadora para la clase media (aunque en este caso fuera mentira): *no me toquen el bolsillo* ; porque, además de la sempiterna tilinguería de cierta clase media identificada con sus amos históricos, funcionó esto: "Hoy vienen por las rentas de los estancieros, mañana por las mías". No importaba mucho que, en rigor, nadie hubiera venido por la renta de nadie, sino la fuerza *performativa* de aquella implícita consigna. O sea: el reflejo del terror del corralito, más una especie de *brechtismo* derecho, mezcla explosiva. Todo eso, desde ya –otro signo de los tiempos- colorida y ensordecedoramente vomitado sin cansancio desde las cajas bobas del *living* .

Es una extraordinaria ironía: el gobierno que era gobierno porque era el que mejor había sabido re-procesar la crisis del 2001 para reiniciar el ciclo "burgués", se veía arrebatado por los *más* burgueses de los mismos símbolos que lo habían llevado a la calle Balcarce. Los K, caídos como "paracaidistas" del Sur oscuro e ignoto (en el 2003 había que estar *muy* informado de *toda* la política nacional para haber escuchado el apellido Kirchner) resultaron, de toda la "clase política" argentina, los únicos que podían ocupar el lugar vacío en el imaginario *que se vayan todos* .

La así llamada "oposición" –que, con escasísimas y minoritarias excepciones no tiene nada a qué oponerse, porque no tiene ideas propias que vayan más allá de la fácil crítica de los detalles- se prendió como, valga la expresión, ternero a la teta de la vaca. Y hasta una parte de la izquierda "reboló" se metió (tal vez a propósito, uno ya desconfía de todo) en esa trampa, como moscas que se tiran a la leche. Y ahí se ahogaron. Esto ya es del orden no de la ironía sino del sarcasmo: ellos, que tanto abogaron por el "retorno de la política", cerraron filas con el poder *económico* más concentrado y *en contra* de la política. Los que también en *altri tempi* hacían "entrismo en el peronismo" –equivocadamente o no, pero con harta mayor justificación- ahora lo hacen en la Sociedad Rural : ya que la presidenta ha vuelto a poner de moda la frase de Marx, ¿si la tragedia se repite como farsa, la farsa se repite como *qué*?

Todo esto, en efecto, ¿para qué? Como decíamos, para empezar a discutir la *renta* y el *poder futuros* . Si se percibía que había llegado el momento del reparto, y si también se oía – la derecha argentina ha tenido siempre buen olfato- que el gobierno estaba socialmente debilitado en su "legitimidad de origen", había que aprovechar la oportunidad de empezar a discutir la *lógica sectorial* del reparto, antes de que lo hiciera *toda* la sociedad, incluidos los peligrosos "sectores populares", las *clases incómodas* . No hay que olvidar que esta discusión *ya había* en cierto modo empezado (no fue el "campo", sino los camioneros y algún otro gremio los primeros en poner en algún aprieto a la flamante presidenta), si bien por los canales burocráticos y "superestructurales" de las paritarias. Había que apretar el acelerador de los tractores y las 4 x 4, y la promulgación de trámite torpísimo de las retenciones dio la luz verde. No es, probablemente, que haya habido ninguna especial *conspiración* –más allá de que la derecha, de alguna forma más o menos semiinconsciente, está

siempre conspirando-. Pero una vez encontrado el pretexto, la bolita de nieve modestamente *económica* (tampoco estamos hablando de *tanta* plata) de las retenciones empezó su imparable cuesta abajo hasta transformarse en el alud *político* que casi –y todavía podría suceder- nos aplasta a todos.

¿Destitución “globalizada”?

Todo esto, decíamos, fue la oportunidad *local*. Si uno abre un poco más el mapa, el contexto se complejiza. Todos hemos aprendido que no hay que ser “conspirativos” (aunque sin olvidar la sabiduría popular del *que las hay, las hay*). Sin embargo, conviene no perder de vista, sólo “por si las moscas”, algunas *coincidencias* acaecidas en los últimos meses (ya que la pregunta era: ¿por qué *ahora*?) en el mapa más grande. Se podría demostrar que –de manera más desordenada, quizá menos planificada, más “oportunista”, por así decir- la “operación destituyente” de la que hablaba la **Carta Abierta / 1** parecería estar dándose a nivel *latinoamericano 1*. No hace falta siquiera hablar de la crisis alimentaria mundial, que tantos “patriotas campestres” citaron lamentándose de la “pérdida de oportunidades” para las exportaciones, en una muestra más de solidaridad y sensibilidad social. Tampoco hace falta especular demasiado con la especulación global –orientada por el capital financiero antes que por el productivo- sobre el precio de la soja, los biocombustibles y demás galimatías “globalizados”. Quedémonos con el mapa de Latinoamérica. Incluso de América del Sur. Últimos meses: tuvimos –y quizá todavía tenemos- el riesgo de una guerra tripartita entre Colombia, Venezuela y Ecuador; tuvimos –y seguimos teniendo, incrementándose día a día- la feroz ofensiva secesionista de la derecha boliviana, con acciones que algo debieran evocarle a los argentinos (cortes de ruta por encargo de los hacendados de las zonas más ricas, “Estado paralelo”, racismo exacerbado, etcétera); ya soplan, no digamos todavía vientos, pero alguna brisa de fronda en el renovado Paraguay; Colombia y Perú –las dos más directas avanzadas del Imperio en el Cono- endurecen progresivamente su restauracionismo conservador proimperial: en Perú, se acaba de saber, se está por instalar una base norteamericana. Todo ello en el contexto, ahora sí, más “global” del estancamiento imperial en Irak –y la consiguiente mayor atención a un “patio trasero” no excesivamente peligroso, pero díscolo o bien “desordenado” en distintas proporciones- y de un año electoral en el que *no es seguro* que vaya a ganar el de todos modos no muy confiable Barack Obama. Las brujas no existen, *pero ...*

Otra vez: no es necesariamente una operación concertada. No hay pruebas de que la embajada imperial en Buenos Aires esté financiando una Unión Democrática. Tampoco, aunque así fuera, se entendería a primera y bruta vista por qué el imperio querría desestabilizar, o siquiera estorbar seriamente, a Cristina: no se trata precisamente de Fidel, ni siquiera de Chávez, Morales o Correa; no tenemos, aunque fuera, un explosivo “problema indígena” (no porque no exista, sino porque ni el gobierno ni el “campo” le han dado el más mínimo lugar al arrasamiento pro-sojista de las tierras aborígenes –del cual ambos, en sus respectivas proporciones, son fautores o cómplices-, como no se lo han dado a las más hundidas víctimas rurales como la peonada en negro o los pequeños campesinos tragados por el *tsunami* de los grandes *pools* o las agroquímicas). Incluso, en cierto modo, se puede decir

que Cristina, en las relaciones con el imperio, representó un pequeño "giro a la derecha" (tampoco hacía falta girar tanto) respecto de Néstor.

El problema es que el imperio impera sobre territorios de enorme complejidad económica y política, que se le han complicado más aún en los últimos años, con la emergencia de algunos gobiernos "nacionalistas burgueses" que articulan verborragias de frontal hostilidad con negocios que suponen tironeos a veces tensos con el imperio para estar a por lo menos *alguna* altura de la verborragia (y bajo esta caracterización muy gruesa no pretendemos implicar que no se hayan acometido tareas auténticamente "nacional-burguesas" defendibles en términos relativos, especialmente en los casos de Bolivia y Venezuela). A ello hay que sumar la emergencia aluvional de los países asiáticos, y en particular de China, como mercados ávidos de materia prima agrícola que implican una "competencia compradora" extremadamente molesta para un imperio con igual necesidad de esas materias primas (y de bio-combustible). Y ello en su propio contexto –que conviene no olvidar– de una fortísima crisis económica y de endeudamiento, con ya serios síntomas recesivos, explicitados a partir de la explosión de la "burbuja inmobiliaria".

Sumido en esta *complejidad riesgosa*, el imperio necesariamente debe "simplificar" lo más posible, definiendo como al menos potencial "adversario" a todo aquel gobierno que no automatice la *obediencia debida* a los *diktats* del Norte. Que, por ejemplo, se obceque en la pertenencia al –alicaído, pero todavía en respirador artificial– Mercosur, y le de la espalda al –en principio abortado, pero todavía haciendo fuerza para salir– ALCA. Algo tan módico como eso puede molestar incluso por parte del único país de la región –el nuestro– que mantiene privatizadas *todas* sus fuentes energéticas. No se trata, necesariamente –al menos en la Argentina : Venezuela y Bolivia son otra historia–, de "voltear" a nadie: simplemente de *alinearlo*. Si eso, para colmo, se puede hacer sin excesiva planificación, aprovechando la "volada" de los errores gubernamentales, con todas las fraseologías de la democracia "autoconvocada", con rudos gauchos de rostro curtido en la primera línea, con alegres caceroledas urbanas de carnaval paquete, con la población aterrada por el desabastecimiento sin saber a quién echarle la culpa, con el gobierno paralizado no sólo por ineficiencia o indecisión (que también la hay) sino por la difícil legitimación de romper sus complicidades previas, entonces, señores, la mesa está servida, con postre y todo. Y para colmo, en las últimas semanas se ha producido otro (y van...) pavoroso "giro a la derecha" europeo, culminando en las inicuas nuevas leyes anti-inmigratorias, y produciendo nuevas tensiones con los gobiernos latinoamericanos, y no sólo los más "progresistas" (hasta el mismísimo Alan García se ha visto forzado a sumarse a las protestas de Morales, Chávez, Lula, la propia Cristina).

En efecto, para estos operativos "espontáneos" no hacen falta conspiraciones a la vieja usanza "florentina". Como bien dice Norberto Sessano, la propia *lógica* del capitalismo se ha vuelto "naturalmente conspirativa": es una conspiración *a la luz del día*, plenamente *cínica* antes que "ideológica" en sentido clásico. Puede funcionar y "naturalizarse" sin demasiados ocultamientos, e incluso contando con la presunta "transparencia" de la informática o los *mass media* globalizados.

“Nuevas” derechas / Viejas “izquierdas”

Esta “nueva derecha”, ¿es tan nueva? En verdad, se podría decir –un poco provocativamente, lo admitimos- que elementos de “nueva derecha” los hay más bien en el gobierno: entendiendo por “derecha”, en el sentido amplio, una política de *mantenimiento* de las “estructuras elementales” del *statu quo*, tal como las enunciábamos al principio de este texto, y combinándolas con la retoricidad nacional-popular, cierta incompleta atención a los “derechos humanos” –que apenas alcanza, cuando eso, a los responsables militares más directos-, un comparativo no-empeoramiento del salario y la ocupación –aunque gracias a la “intervención” del Indec poco puede saberse, y mucho sospecharse, sobre los *verdaderos* niveles de pobreza-. Algo que podría tildarse de parcialmente “novedoso”, ya que no es el neo-conservadurismo salvaje menemista, pero tampoco –hubiera sido imposible- nada semejante al peronismo “clásico” ni, digamos, a chavismo o evismo alguno. Tampoco pudo ser, digamos, Zapatero, porque la “transversalidad” (lo potencialmente más parecido a una *entente* socialdemócrata vernácula) no funcionó, y Néstor K tuvo que replegarse nuevamente sobre el PJ –algo que puede salirle caro, como veremos, pero que en esta lógica política era lo único que podía hacer-. Que es un *cierto* tipo de “derecha” ya lo hemos argumentado. Podríamos agregar que en la actual situación lo sigue demostrando, en tanto no está dispuesto a dar ningún tipo de batalla ideológico-política *de fondo* (no digamos ya contra el imperio, al cual sigue tributando no sólo económicamente pago de la deuda mediante, sino políticamente con el vergonzoso mantenimiento de las tropas en Haití, sino) contra la “otra” derecha, tomando decididamente el toro por las astas con alguna medida que –lo hemos dicho- todavía podría encarar: una serie de reformas económicas como las enumeradas más arriba, por ejemplo, más la recreación de un “IAPI” o una institución semejante de control de la comercialización de bienes exportables, que simultáneamente garantizara tanto la realización de una ganancia razonable de los productores rurales (especialmente los pequeños y medianos), así como el adecuado abastecimiento del mercado interno a precios accesibles para el bolsillo popular. Todo esto no lo eximiría de la obligación a mediano plazo –para ser un auténtico gobierno “nacional-popular”, aunque siempre “burgués”- de otras medidas adicionales y un poco más “avanzadas”, como la reedición de algo semejante al Estatuto del Peón del primer peronismo que “blanqueara” la incalificable superexplotación del verdadero “proletariado rural”; una acción político-económica igualmente decidida y orientada a *detener* el crecimiento exponencial de una “patria sojera” que está arruinando la tierra, destrozando la ecología y liquidando al campesinado mediano y pequeño, y la reorientación de la producción rural hacia una lógica más diversificada y menos concentrada; una batalla comunicacional activa, sincera y transparente (el gobierno le ha dejado absolutamente esto a los medios más concentrados: ha permitido que, como diría León Rozitchner, se produjera un *secuestro* del Verbo público inédito aún para la historia comunicacional argentina). Etcétera, etcétera.

Todo esto se *podría* hacer. Por supuesto, no sería para nada una política aceptada por *todos*. Pero queremos suponer que a esta altura el gobierno debería haber aprendido una lección básica: no va a poder, de ninguna manera, gobernar para *todos*. Su “bonapartismo” o, si se prefiere ese lenguaje, su “cesarismo” (en caso de emerger: aún no ha llegado ni

a eso), tendrá que estar dispuesto a una *decisión* de asumir el conflicto y de, con este programa bien en alto, aplicar –con todo respeto por las instancias “democráticas”, pero también con toda la firmeza que debería darle el ser un gobierno legítimamente *elegido* – su *autoridad*. Porque, contra lo que han logrado muy insidiosamente “instalar” sus adversarios coyunturales, este gobierno *no es* “decisionista” (más bien es desesperantemente *indeciso*) ni ha aplicado suficientemente su legítima autoridad estatal (más bien ha actuado reactivamente y sólo en sus discursos, perdiendo de manera completa su iniciativa *política*).

Para hacer todo esto, por supuesto, y para hacerlo en condiciones que la actual correlación de fuerzas *no* se lo permite, tendrá que recomponer su base social, creando una “masa crítica”, como suele decirse, dispuesta a sostenerlo *activamente*, y re-politizando *en serio* a la sociedad en torno al debate público no sobre el gobierno o el “campo”, sino sobre un *auténtico* modelo alternativo de *auténtica* redistribución social que rompa con el de la “derecha campestre” y sus aliados locales y “globales” (para empezar por lo más sencillo: ¿cómo es que el gobierno no ha utilizado aún un recurso constitucionalmente consagrado como el del *referéndum* popular, para dirimir la cuestión “técnica” de las retenciones?: se ganara o se perdiera, al menos implicaría una discusión amplia y generalizada en la que indefectiblemente la cuestión protagonista sería *para qué* sirven las retenciones, y por lo tanto el modelo de acumulación / reparto de la riqueza). Paradójicamente, en cierto sentido esto *ha empezado* a ocurrir: por un lado, aunque el gobierno no ha *cumplido* sus enunciados redistribucionistas, ha *hablado* de redistribución, sacando el tema a la luz pública; y por otro lado, la “derecha campestre” se ha visto *obligada*, cínicamente, a hacerse cargo del tema, como soporte de su construcción legitimadora. Para el gobierno, ahora, es imprescindible retomar la *iniciativa* redistribucionista para recuperar su propia legitimidad, pero con soportes *materiales* como los que enunciábamos recién. Si hiciera todo eso –e insistimos en que sin necesidad de patear ningún tablero “burgués”- el gobierno al menos podría obtener una mayor credibilidad para su discurso “nacional-popular”. No sería, sin duda, todavía, el gobierno que muchos quisiéramos. Pero habría en él algo que *defender* contra “lo peor”.

Hay que ser realistas: no es muy probable que lo haga. Aún suponiendo que tuviera la voluntad, está casi completamente atado por la pesada hipoteca de sus compromisos previos, incluidos, y principalmente, con sus actuales oponentes. ¿Podría apoyarse en la “industria”? No. En primer lugar, como hemos visto, “campo” e “industria” –contra lo que esos respectivos conjuntos, y también el gobierno, quisieran hacer creer- hace mucho que no son dos sectores mutuamente excluyentes y en puja *decisiva*, aunque fuera “inter-burguesa”, por un “modelo” incompatible entre ellos. En segundo lugar, que en este conflicto el gobierno no haya tenido también a la industria en contra, demuestra a las claras no solamente las pingües ganancias que ella está haciendo con *este* modelo, sino la íntima trabazón de intereses de la industria *con* el gobierno. Pero para hacer todo lo de más arriba, el gobierno tendría que afectar los intereses industriales (y por supuesto, y más aún, los financieros) a un punto en que correría el riesgo de perder esos amigos interesados. Podría asumir ese riesgo sólo si hubiera recompuesto su base social activa: algo realmente muy difícil de

hacer con los actuales sindicatos, el actual PJ, etcétera. El gobierno se ha metido, a todas luces, en una trampa de la que no se ve la salida.

En cuanto a la derecha "campestre", hoy por hoy, está mucho mejor armada. Incluso, digamos, *socialmente*. Mientras el gobierno ha perdido buena parte de su base de legitimación, la derecha campestre –como vimos más arriba- ha *ganado* una cierta legitimación en sectores de la sociedad que nunca hubiera soñado. No se trata solamente de la FAA : esto no es, finalmente, tan insólito, no sólo porque hay algunos antecedentes históricamente dudosos de su comportamiento, sino porque (por "pequeños y medianos" que sean, se trata a fin de cuentas de *propietarios*) también ella está embretada entre el *no me toquen el bolsillo* y la necesidad de *anticiparse* a conquistar un lugar en la pelea por la renta *future*, ya que los intereses inmediatos de la mayoría de sus representados son inseparables del *boom* sojero. Se trata de que ha logrado –también lo adelantamos- conquistarse la simpatía de *otros* sectores sociales (fundamentalmente jirones importantes de una "clase media", una *petite-bourgeoisie*, y no sólo la más "acomodada") que no necesaria y estructuralmente le son ideológicamente afines, si bien por la particular conformación clasista de la Argentina siempre han demostrado un alto grado de *disponibilidad* para las aventuras de la derecha. Pero, ¿basta esto para hablar –al menos sin mayores calificaciones- de una *nueva* derecha?

Algunos *elementos* (no por supuesto la caracterización general) de esta "nueva derecha" pueden rastrearse hasta muy atrás. Por ejemplo, hasta los diversos fascismos de la década del 30, con sus componentes retóricamente "populistas" que –abstraídos de las fuerzas sociales reales, planeando por encima de ellas "bonapartísticamente"- llegaban a veces a cuestionar duramente a la "plutocracia" capitalista (cosa que, claro, la derecha campestre no podría hacer, porque en buena medida forma parte de ella); o con su astutísimo uso de los medios de comunicación de masas, y su poder de convocatoria de demostraciones de masa de *todas* las clases sociales. Hay que recordar que aquellos movimientos, además, también tuvieron sus alas "izquierdas", "plebeyas" o "jacobinas" (las SA y los "nacionalbolcheviques" en el nazismo, el mismísimo Mussolini, al menos al principio, saliendo del ala izquierda del PSI). Otros elementos son más recientes, pero de todos modos pueden retrotraerse hasta la "revolución conservadora" de fines de los 70 (con sus apelaciones antipolíticas a la "muerte de la ideología" y similares, generalmente provenientes de ex intelectuales de *izquierda* como Daniel Bell o James Burnham; bien, también nosotros, salvando las distancias, tenemos a nuestros Kovadloffs o Sebrelis), y por supuesto al "populismo" neo-conservador ya desde Thatcher y Reagan hasta Berlusconi y Aznar, sin olvidar a nuestro inefable Menem. La propia "nueva" socialdemocracia europea, en muchas de sus expresiones, por encima de su política económica (que desde luego *siguió siendo* neo-conservadora), articuló en su discurso político *liberal* (con acento en la "i") muchos de los significantes "políticamente correctos" que se escuchan en *nuestra* "nueva derecha", es cierto que –aunque no es un demérito puramente nacional- a menudo combinados con los más elementales *tics* racistas, "gorilas" y de odio clasista (si bien hay que reconocer que esto estuvo sobre todo a cargo de los *media*). No es, entonces, que la base social de la derecha campestre, tomada individualmente *uno por uno*, sea necesaria y conscientemen-

te de "derecha". Pero el modo en que actúa sus intereses concretos e inmediatos es estratégicamente *orientado* por la gran burguesía "campestre". ¿Qué otra cosa es lo que Gramsci, célebremente, llamaba *hegemonía*? Desde ya, es muy posible que este bloque de fracciones de clase sea relativamente pasajero. Si la tendencia ascendente del *boom* sojero se invirtiera en el mediano plazo como emergente de la nueva crisis que ya se perfila, y / o si –pasando al plano más estrictamente político- se conformara algo así como un *partido del campo* que expresara más nítidamente los intereses de los sectores más concentrados, posiblemente otro gallo cantaría (para seguir con las metáforas rurales). Pero todavía no estamos en eso.

Nada excesivamente nuevo bajo el sol, pues –salvo, por supuesto, y no es poca cosa, que hoy no hay un *partido militar* oficiando de "vanguardia" de la reacción-. Por otra parte, sin embargo, es verdad que con estos elementos ya "probados", a la derecha campestre *se le armó* (porque es difícil que haya sido planificado demasiado conscientemente) un *cóctel* comparativamente "novedoso". Ya dijimos que esto tuvo que ver, entre otras cosas, con un "mal humor social" difusamente fastidiado con las inconsistencias gubernamentales entre el *discurso* y los *hechos*, y con ciertas expectativas de un "reparto" de la torta, respecto de las cuales la realidad estaba –y sigue estando- muy por detrás. Agreguemos el también ya mencionado *secuestro* de los nuevos métodos de "lucha popular" emergidos durante los 90 y culminados en el 2001 / 2002 (asambleas, "cortes", "escraches", cacerolazos, "autoconvocatorias" y *via dicendo*). La forma cómo *se armó* la novedad, además, adquirió un carácter *post-modernísimo*: si bien dirigido en lo inmediato por "las cuatro entidades del campo", por la base el movimiento circuló de manera "rizomática" o "microfísica", apuntalada tecnológicamente por el adecuado uso del mail, los celulares y los SMS para las convocatorias "espontáneas" de la "multitud"; un fenómeno para las envidias de Deleuze, Toni Negri o Paolo Virno, lástima que el resultado político-ideológico fue el contrario del que ellos esperarían.

La frutilla de la mal repartida torta fue la intervención en algunas partes *decisiva* (¡por primera vez desde los 70!) de cierta izquierda "rebolú", francamente reblandecida, en el mejor de los casos, por la abstracta fascinación de las "masas" en la ruta o por la babeante ilusión de dirigir el proceso hacia vaya saber dónde, quebrando no sólo la hegemonía de los grandes hacendados, sino el "comando a distancia" de la gran burguesía del *agrobusiness*: de ellos no se puede siquiera ya decir que son "idiotas útiles", puesto que a esta altura ya están plenamente fusionados –aunque sin perder su lugar idiota- con los "vivos" de siempre. No es –seamos justos- *toda* la izquierda. Otros, menos directamente dañinos, optaron (¡llamándola ellos mismos, con quizá involuntario sarcasmo, "tercera posición!") por el *Ni los unos ni los otros, sino todo lo contrario*: o sea, pateemos para adelante hasta que el río esté mucho más embarrado, y veamos por qué lado nos colamos. De los partidos de izquierda más conocidos, solamente el PTS y el PL –aunque sin posibilidad alguna de incidir realmente- intentaron un ambiguo posicionamiento, más decididamente *en contra* de la derecha campestre, con correctas críticas de clase al gobierno que no apostaron a un *putsch* irresponsable, pero sin poder sustraerse del todo a la trampa dicotómica tendida *tanto* por el "campo" como por el gobierno –aunque por supuesto no con las palabras que

vamos a usar aquí-: la de que todo esto es un *solamente* un conflicto "inter-burgués" entre el gobierno y un sector empresarial, y no una poderosa *ofensiva de clase* de algunos de los sectores más concentrados de la gran burguesía contra la sociedad en su conjunto, con el objetivo de *afirmar* y *profundizar*, en el futuro más o menos mediato, el "modelo" dominante y vigente. Esto último, hay que insistir, tampoco es tan sorprendente. El gobierno –sea por ineficiencia, por torpeza política, por sus "contradicciones secundarias" internas, por una débil vocación "autonomista", y posiblemente por una mezcla indigesta de todo eso- no resultó ser un *buen administrador* de los negocios de los cuales él mismo era socio. Si hubiera sido así, el "temita" de los porcentajes de las retenciones se podría haber negociado de otro modo, y la sangre no hubiera llegado a este río revuelto en el que ya se ha hecho *verosímil* la pregunta por un posible "recambio".

Y ahora ¿qué?

Todo lo anterior, si se lee apresuradamente, parecería colocarnos del lado, llamémoslo *indiferente*, del "ni los unos ni los otros...", etcétera. No es así. En primer lugar, eso sería seguir en la trampa dicotómica –para estar en contra, o aunque sea para *negar*, los "dos lados", hay que empezar por aceptar que esa dicotomía es el problema-. Si nuestro diagnóstico es al menos parcialmente acertado, hay un *tercer* lado, que es, para hablar rápido, el "pueblo". Que hasta ahora, y en buena medida como vimos por culpa del gobierno, no ha jugado otro rol que el de *rehén desmovilizado*. No hay muchas probabilidades, hoy, de que los conflictos "populares", algunos de importancia pero estrictamente *localizados*, más o menos dirigidos por la izquierda, "peguen el salto" cualitativo hacia un cuestionamiento *político* simultáneo de la derecha "campestre" y del gobierno. Se requeriría un *programa de transición*, una base de masas, una dirección política que hoy no existen. ¿Hay que intentar crear todo eso, al calor de la crisis? Seguramente. Pero eso llevará tiempo. Y en todo caso, no parece que la mejor política conducente a eso sea la del "*Ni...ni*". Es verdad que – como producto del descontento generalizado- el "pueblo", y mucho menos la clase obrera, no se "autoconvocó" en defensa del gobierno, ni tampoco *mucho menos* salió contra la derecha campestre con una política autónoma. Constatar esto con un mínimo de realismo no es pensamiento "conformista": es estricto *análisis concreto de la situación concreta*. Y en la actual correlación de fuerzas, jugar a un *putsch* que derribe al gobierno bajo la apuesta incierta de "cuanto peor, mejor", es de una irresponsabilidad *criminal*. Hay ya una larga historia (no sólo) argentina que demuestra que el triunfo de "lo peor" no consigue despertar otra cosa que desaliento y derrotismo en los sectores populares; y al revés, que un aunque fuere relativo mejoramiento de las condiciones sociales, combinado con una situación de crisis, puede empujar acciones colectivas más audaces y consistentes (el ejemplo clásico es el del Cordobazo de 1969, llevado adelante por la clase obrera *mejor paga* de toda Latinoamérica). Un triunfo de la derecha significaría un retroceso enorme para una sociedad que ya está, a raíz de este conflicto, considerablemente *derechizada*, y en el mejor de los casos pidiendo que el conflicto termine *como sea* para regresar a la "normalidad".

Por otra parte –espero que esto quede meridianamente claro- *se equivocan de medio a medio* quienes quieren congelar la partida entre “lo peor” y “lo que hay”. Si se acuerda mínimamente con todo lo anterior, la conclusión es nítida: oponerse con todas las fuerzas posibles a *lo peor* no es sostener –mucho menos incondicionalmente- *lo que hay*. Es, en todo caso, preguntarse que le *conviene más* (o, mejor, que le *des-conviene* menos) a esa potencial política autónoma de la clase obrera y el pueblo. Si gana la derecha campestre, repetimos, el efecto será desastroso: para empezar por lo más inmediato, como ya lo dijimos en otros lugares, habrá quedado totalmente deslegitimado el rol del Estado (*del Estado*, no sólo de este o aquel gobierno) para intervenir en la economía con fines redistributivos. No se trata de una defensa abstracta de las “instituciones”: las instituciones pueden cambiarse, transformarse, “revolucionarse”; pero las nuevas relaciones de fuerza (y, antes aún: las nuevas *fuerzas*) que pudieran llevar a cabo esta empresa no van a aparecer de la noche a la mañana: aún contando con que existe una clase obrera y unos “sectores populares” descontentos *también* con el gobierno, reagruparlos, organizarlos y darles un programa creíble para que se transformen en una fuerza autónoma –que, entre otras cosas, debería en buena medida “des-kirschnerizarse”, lo cual está probado que no es una perspectiva sencilla- será una tarea compleja y larga, que hay que comenzar, pero no dar por hecha antes de tiempo. Algunos análisis de izquierda apuntalan el *Ni los unos ni los otros* con el argumento de que el debilitamiento del “Estado burgués” sólo puede ser beneficiosa para una política “obrera y popular”. Puede ser. Pero eso, para ser *realmente* “beneficioso”, requeriría lo que solía llamarse una *situación revolucionaria*, y no una francamente *reaccionaria*, como la que tenemos hoy. Y aún cuando existiera esa situación, no se podrían aplicar a rajatablas recetas generales que pasaran por alto la coyuntura *específica*. Para tomar ejemplos “prestigiosos”, el propio Trotsky, en su magnífica *Historia de la Revolución Rusa*, relata cómo nada menos que en las “jornadas de julio” –es decir, a escasos *tres meses* de la revolución de Octubre- Lenin y los bolcheviques se desesperaban intentando detener a los obreros y soldados *bolcheviques* (no “peronistas”) que se “salían de la vaina” para iniciar la definitiva toma del poder. ¿Estamos, en la Argentina, analógicamente hablando, a *menos* de tres meses de Octubre? No nos parece.

Eso, decíamos, para empezar. Para seguir, el triunfo *político* (porque en términos económicos, ya ganó) de la derecha campestre habilitaría un retorno también de *lo peor* de las políticas neo-conservadoras –que no es que se hayan ido realmente nunca, pero al menos habían quedado considerablemente inhabilitadas en el plano del *discurso político explícito*-. Finalmente, habría mostrado que la derecha económica *puede* voltear –o “destituir”- gobiernos electos sin necesidad de antipáticos golpes militares, y encima apelando a fraseologías democratistas y “políticamente correctas” sostenidas por los más concentrados formadores de la “opinión pública” y con todos los “nuevos métodos” que hemos descripto; con lo cual, para colmo, harían aparecer una presunta debacle del gobierno K como algo *equivalente* al helicóptero delarruano. Y, pensándolo bien, no sería solamente la derecha *económica*: tal como están las condiciones hoy, un “recambio civil” probablemente vendría por el lado de la derecha política *interna* al propio peronismo (“duhaldismo”, “delasotismo”, “sciolismo”, “rodríguez-saísmo”, restos del menemismo, etcétera, a los que ya parece venir agregándose un “solaísmo”, y en cuyas filas casi sin dudas revistarían las más fuertes

burocracias sindicales, siempre listas para subirse al proverbial tranvía que las lleve; y de hecho esto hoy *ya empezó*, con la división de la CGT en todavía -¿por cuánto tiempo?- leales "moyanistas" y opositores "barrionuevistas"), con un acuerdo aunque sea efímero con todo el resto de la derecha política, empezando por el vice Cobos, la inefable Carrió y el macrismo. Sería pues el gobierno aún *más directo* de las corporaciones económicas (no sólo campestres) y de lo más *descompuesto* de la partidocracia corrupta. No se ve bien qué contexto ventajoso representaría esto para una política autónoma y auténticamente popular. ¿O acaso tal política se pudo construir bajo el menemismo?

Entonces: la opción no es estar en contra del "campo" y *por lo tanto* a favor de un gobierno que aún muchos de sus sostenedores "progres", aunque no se atrevan a decirlo en voz alta, ya estiman prácticamente indefendible. Es estar *decididamente en contra* del "campo" para evitar una *putrefacción aún mayor* que la actual, que desalentaría a las fuerzas populares. Y, si en ese proceso fuera posible, bajo la lógica de aquel *programa de transición*, se trata de empujar hacia una apertura de la discusión *en serio* de un plan de redistribución social, sostenida por las masas movilizadas. No estamos diciendo nada que, en situaciones desde luego muy distintas pero en las que pueden encontrarse algunas analogías, no se haya probado antes en la historia. Salvando todas las distancias y a mero título de ejemplificación: ¿no cerraron filas los bolcheviques (y el entonces todavía menchevique Trotsky) ante la intentona *putschista* de Kornilov contra el muy burgués Kerenski? Y más cerca nuestro: ¿qué hizo en su momento buena parte de la izquierda revolucionaria argentina ante la intentona de Lacabanne contra el *fusilador de Trelew* Lanusse? ¿Y ante la intentona carapintada contra Alfonsín? Si se nos permite un poquitín de política-ficción: ¿qué hubiéramos hecho en el caso de una intentona contra el mismísimo *Menem*? ¿Fueron, todos esos, casos de pensamiento "conformista"? ¿De simple defensa de "lo que hay" contra "lo peor"? ¿O fueron políticas rigurosas destinadas a *mejorar*, o por lo menos a evitar que *empeoraran*, las condiciones para *avanzar* en la lucha por una *radicalización* del proceso popular? En ninguno de esos casos la oposición *contra* "lo peor" se hizo *a favor* de Kerenski, Lanusse, Alfonsín. ¿Por qué resulta tan difícil pensarlo ahora?

Desde ya: en esos casos se trataba de golpes *militares*, y aquí todavía no han salido a relucir las armas. Pero sí podría suceder, aquí, que el descontento y la desorientación populares, en el contexto de un agravamiento de la crisis, fueran astutamente aprovechados – como ya lo hizo en parte– por una derecha que, hoy por hoy, lleva todas las de ganar, y que encima cuenta *del mismo lado* con una porción de la "izquierda" capaz, todavía, de arrastrar algún sector popular. La política –es una regla de oro– tiene horror al vacío. La que, en nombre ya sea del "Ni / ni" como del "Lo peor / lo que hay", no hagamos nosotros, la va a hacer la derecha.

Es *eso* lo que hay que salir a pelear, antes de que sea demasiado tarde. No va a ser fácil. No cabe abrigar grandes esperanzas inmediatas, mucho menos idealizaciones, en unas "masas" en las que, con las excepciones de siempre, por ahora el sentimiento dominante es el descontento, cuando no una especie de hartazgo que, en el mejor de los casos, tiende a conducir las a la indiferencia. Pero podría ser mucho peor que mera indiferencia. "Peor", en este

caso, sería si la izquierda –en el sentido más amplio posible, con el obvio límite de los que ya están del otro lado- que no se ha pasado ya al lado del “campo” no se da una estrategia *inteligente e imaginativa* de acumulación de fuerzas; y a nuestro modesto juicio esa estrategia pasa necesariamente, hoy, por mantener una estricta distancia crítica del gobierno pero oponiéndose *con toda su fuerza* al “campo”, tratando de demostrarle a las “masas” que el gobierno no va a resolver sus problemas, pero el “campo” los va a *complicar* aún más, la *des-acumulación* de fuerzas que eso implicaría –pues no se trataría sólo de *no-acumulación*: salvo que creamos en una bondad abstracta e idílica del “pueblo”, el hartazgo sólo podría beneficiar a la derecha.

Para terminar con lo que quizá sea lo menos importante: en esta pelea desigual, desde luego los “intelectuales” tienen un rol que cumplir. Las *armas de la crítica* adquieren su plena importancia justamente en las épocas de *crisis*, en las que el lenguaje y las ideas, los conceptos y los propios *significantes* aparentemente más triviales quedan sometidos, también ellos, al debate público y a lo que alguna vez denominamos la *lucha por el sentido*. El lenguaje –como hubiera dicho Bajtín- puede, en momentos así, ser un escenario privilegiado del conflicto ideológico-político y de la propia *lucha de clases*. Pero es un escenario que tiene su propia relativa autonomía y especificidad. Sus límites son más elásticos, y a veces más borrosos, que los de la confrontación estrictamente *política*, aunque por supuesto ambas cosas se superpongan en muchas zonas. Que, por primera vez en mucho tiempo, hayan surgido distintos agrupamientos –y también posicionamientos más o menos “individuales”- de “intelectuales” que confronten sus interpretaciones de la crisis es altamente positivo y estimulante. Que esa confrontación sea por momentos ríspida o incluso acuda a la interpelación de los otros con palabras fuertes, no es nada para rasgarse las vestiduras. Al contrario: es una bienvenida bocanada de aire fresco saliendo *a la calle* después de tantos años de enclaustramiento en ociosas e inconducentes tiendas mínimas de capilla universitaria y afines. Pero no servirá para nada si liquidamos aquella rica especificidad y rigor crítico simplificándonos la vida con las desgastadas reservas de etiquetas que ni siquiera sirven para *descalificar realmente* el discurso del otro. Apenas para congelarlo en su tozudez, cuando de lo que se trata, justamente *porque* hay, como no puede no haber, diferencias, es de *ensanchar* lo más posible el “escenario”, para ver claramente quién es quién. Y tampoco servirá para nada si los intelectuales, por muchos que sean, se quedan, como suele decirse, cocinándose en su propia salsa, en reuniones más o menos multitudinarias en las que, en general, sus discursos se dirigen a los ya convencidos de antemano. Dentro del justificado entusiasmo que ha producido la emergencia de un debate político-intelectual como hace mucho tiempo no se veía en la Argentina, hay que saber también tomar nota de sus límites. Que son básicamente dos: por un lado, el propio “campo intelectual” está (no decimos *dividido*, lo cual es perfectamente esperable cuando hay diversas posiciones, sino) *fragmentado*: no se ha establecido un *debate cruzado* –con toda la conflictividad conceptual que ello sin duda implicaría- entre los distintos grupos (los “K pero no tanto”, los “más o menos K”, los “decididamente anti-K”, etcétera); y por otro lado –lo sugeríamos recién- no se ha sabido o podido, aún, ampliar el *espacio*, físico y simbólico, de esos debates, para llevarlo, con las especificidades que cada uno de esos círculos de ampliación merezca, a las universidades, los lugares de trabajo, los movimientos sociales

(de trabajadores, obreros rurales, campesinos, comunidades indígenas, agrupaciones sindicales, partidos de izquierda, etcétera). Esta es una tarea pendiente, pero también *urgente*, si se quiere acompañar con una consecuente (e imprescindible) reflexión crítica aquel proceso de nueva "acumulación de fuerzas" del que hablábamos más arriba.

La lucha agraria y federal le abrió la mano al gobierno.

Las Universidades Nacionales están sostenidas por trabajadores precarizados y con salarios bajísimos. La docencia universitaria sigue siendo la actividad peor remunerada de toda la Administración Pública.

Organicémonos masivamente por el presupuesto para la educación pública y por salarios

El momento político y social que vive nuestro país requiere que los docentes universitarios, debatamos y **saquemos conclusiones de las enseñanzas de la lucha agraria y federal que nos permitan avanzar en la resolución** de los graves condiciones salariales, de trabajo, de enseñanza, edilicias, que ocasiona la continuidad de las políticas de desfinanciamiento y ahogo presupuestario.

¿Fue justa la lucha de los pequeños y medianos productores?

Luego de 4 meses de cortes de rutas, puebladas, cacerolazos, asambleas de autoconvocados y movilizaciones, **el gobierno tuvo que abrir la mano**. Debió reconocer la necesidad de segmentar las retenciones y derogar la resolución 125 sobre retenciones móviles, que condenaba a la desaparición a miles de pequeños productores y pueblos del interior: provocando un nuevo genocidio como el que se vivió en la década del 90 con la desaparición de cien mil campesinos pobres y medios.

La histórica lucha de los productores agropecuarios, en particular la de los pequeños y medianos, con cortes de rutas, grandes puebladas en el interior y el estado deliberativo permanente, **irrumpió en la escena política creando una nueva situación en nuestro país y puso en evidencia el doble discurso del gobierno** sobre una supuesta "redistribución del ingreso" con que pretenden justificar su política agropecuaria y la represión a pequeños y medianos productores en el interior.

Hablan ahora de frenar la sojización. Pero ha sido su política de alianza estratégica con China, con los monopolios imperialistas exportadores, con los terratenientes y pooles sojeros (que los llevó a poner a Urquía –el dueño de Aceitera General Deheza- como senador del FPV y candidatearlo para gobernador de Córdoba) y su política de desaliento de la producción de otros cultivos, leche y carne, la que durante cinco años ha profundizado la sojización, el despoblamiento del campo, la depredación ambiental y la concentración y extranjerización de la tierra. Un pequeño puñado de grandes terratenientes gana más de U\$S 6.000 millones sólo por la renta (alquiler) de la tierra. Sólo el 4% más rico de los productores concentra más del 60% de la producción de soja en la Argentina.

Hablan de redistribución de la riqueza, pero destinan el superávit fiscal para pagar la deuda externa ilegítima y fraudulenta, mantener subsidiadas las empresas privatizadas de servicios y a negocios como el tren bala; y ahora la transferencia de la deuda de Aerolíneas al Estado, para su posterior reprivatización.

Hablan de redistribución de la riqueza, y mantienen los planes sociales en \$150, la mayoría de los trabajadores con salarios que no cubren la canasta familiar, ahogan a las provincias, y continúan el ajuste y el ahogo presupuestario a la salud, a la educación.

Hablan de redistribución de la riqueza, y sostienen que las retenciones indiscriminadas y móviles serían el mecanismo distributivo que permitiría la justicia social. La forma de captar recursos por el gobierno central con retenciones no diferenciales y no coparticipables **se constituye en un instrumento de sometimiento y disciplinamiento social**, una caja para la "borocotización" en los pequeños pueblos, municipios, provincias y economías regionales, obligándolos a mendigar recursos ante el gobierno central.

Esta política también se practica con la universidad pública: la ahogan presupuestariamente para obligarla **a mendigar por partidas adicionales** ; y a cambio imponerles la búsqueda de recursos propios mercantilizando la enseñanza, cambios en los planes de estudios en consonancia con los requisitos de la CONEAU (Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria), organismo disciplinador creado por el Menemista Del Bello en los '90, que continúa vigente. En la UBA, estas políticas son llevadas adelante por el Rector Hallú –designado con represión el 18 de diciembre de 2006 por el acuerdo entre sectores del radicalismo y del kirchnerismo- con el respaldo de la mayoría del Consejo Superior.

El gobierno viene de hacer un balance victorioso de las elecciones de octubre de 2007, ocultando la gran cantidad de votos que expresaron la profunda desconfianza y descontento por abajo (sólo 3 de cada 10 votaron a Cristina Fernández). Viene de reprimir la lucha de los trabajadores del casino, apretar con matones a los trabajadores del INDEC para manipular los índices de inflación y sostener el tope salarial con Moyano y Yaski. Y busca profundizar la división de los docentes universitarios para paralizarlos, confundirlos y maniatarlos, en la Universidad más grande del país, en las que las condiciones salariales, académicas y de trabajo presentan gravísimas deformaciones e irregularidades, sumando a la burocratizada y cooptada ADUBA, la fabricación un nuevo sello gremial oficialista (FEDUBA).

Pero la lucha agraria y federal dio un durísimo cachetazo a la soberbia y el doble discurso. Cayó al 20% la imagen positiva de Cristina, se fracturaron el PJ y el radicalismo K. Esto ha creado mejores condiciones, **es el momento para avanzar**, uniendo las fuerzas populares, incluso los sectores que dudaron en enfrentar al kirchnerismo. **Lo heterogéneo del movimiento agrario no debe confundirnos**, sino al contrario, instarnos a organizarnos por abajo, para incidir con independencia de los distintos sectores dominantes, avanzando por las necesidades nacionales y populares, contra cualquier variante de recambio en la disputa entre las clases dominantes.

La CNPL-UBA llama a los docentes, en unidad con el movimiento estudiantil y no docente, a redoblar la lucha por la defensa de la educación pública, el desarrollo de una educación gratuita para todos, por mejores condiciones salariales y de trabajo para los docentes e investigadores contra las políticas de mercantilización educativa, de flexibilización laboral, de asfixia presupuestaria y salarial. Impulsamos la participación de los docentes en la ela-

boración de programas específicos por facultad y escuelas que integren la enseñanza e investigación a las necesidades nacionales y populares.

- **Triplicación del presupuesto**

- **Derogación de la LES y eliminación de la CONEAU. Defensa del grado, la investigación y la extensión universitarias.**

- **Reforma de los estatutos: claustro docente unificado, igualdad docente-estudiantil en el cogobierno, Inclusión de los no-docentes. No a la elección directa de decanos y rectores**

- **Cierre de causas y sumarios a los estudiantes por luchar.** Basta de represión. Desprocesamiento de todos los luchadores populares. No a la ley antiterrorista. Aparición con vida de Julio López.

- Trabajo en blanco y salario igual a la canasta familiar de \$3.500, en la ciudad y en el campo. Derogación del estatuto del peón rural de la dictadura

- Ahora, retenciones segmentadas, mayores para los grandes productores y pooles, y coparticipables con las provincias. Incentivos para el desarrollo de una producción agropecuaria diversificada. Por un país federal

- Ley de arrendamientos, Junta nacional de granos y de carne, Estatización del comercio exterior

- Tierra para quien la trabaja; Reforma agraria integral y profunda, por 1.000.000 de chacras

- Impuestos a fideicomisos y pooles, a los monopolios exportadores de cereales, a la minería, petroleras y grandes automotrices. Reestatización del petróleo y el gas.

- No al pago de la deuda externa

LUCAS GIONO

Secretario de Derechos Humanos y Acción Social

Universidad y corporaciones mineras

Por *Norma Giarracca* *

Las poblaciones cordilleranas están alertadas y evitando que la actividad minera a cielo abierto siga el ritmo de expansión que ha mostrado en los últimos catorce años. El 75 por ciento de las áreas con "potencial minero" del país se encuentra sin explotar. Sumemos este dato a una legislación que abre las puertas y subsidia a los devastadores capitales mineros internacionales y una propaganda oficial que pregona las altas tasas de rentabilidad en la extracción de oro y cobre, más la "conveniencia de los bajos costos que ofrecen los servicios públicos y la mano de obra local", todo convierte al país en "la meca" de las corporaciones mineras.

Hay muchas razones por las cuales una sociedad responsable, libre y pensante debería negarse a esta producción que tanto rememora al coloniaje con su despojo de territorios y cuerpos. Son razones como la contaminación, el despilfarro de recursos como el agua, la energía eléctrica, el escaso valor de uso de estos metales que, básicamente, se utilizan como reservas de riquezas y consumos suntuarios. Podríamos afirmar que, para muchos de nosotros, es suficiente sostener con el filósofo Iván Illich el principio de "convivencialidad" que supone el reconocimiento de ciertos límites para mantener un equilibrio ecológico, social, humano en un pacto intergeneracional. Sin embargo, somos conscientes de que esto no basta porque estamos en un mundo regido por el mercado, por los principios de eficiencia y por la tolerancia a la contaminación y a un alto costo de sufrimiento humano, en nombre de un supuesto "desarrollo". Y, por estas razones, las poblaciones que con perseverancia se enfrentan a las grandes empresas mineras, para ganar en esta ardua batalla social, legal, cultural y política recurren a saberes técnicos de todo tipo.

En este escenario es donde el sistema universitario y científico juega un papel muy significativo, porque es uno de los pocos actores públicos que puede proveer los saberes técnicos independientes. La universidad pública podría generar un servicio de suma importancia no sólo a las localidades en disputa directa sino a todo el país que necesita conocer qué decisiones toman nuestros gobernantes en materia productiva cuando los bienes comunes están en juego. Lamentablemente, no ocurre con la minería.

El sistema universitario y científico argentino es muy amplio y sería muy injusto hablar de "la universidad" como si fuera un todo homogéneo. Sabemos que existen en las universidades grupos muy heterogéneos con diferentes posturas frente a distintos problemas. No obstante, muchas instituciones universitarias están trabajando al servicio de las corporaciones, en este caso, las grandes mineras. No es un secreto: estas relaciones se exponen como grandes logros en materia de convenios, colaboraciones, extensiones.

El resultado de esta colaboración entre transnacionales mineras y equipos universitarios y científicos deriva en un profundo desprestigio del sistema universitario en los ámbitos donde las poblaciones cordilleranas de todo el país se reúnen a intercambiar experiencias.

Desprestigio y fuertes reproches que se sostienen en varias experiencias dolorosas ocurridas en estos últimos tiempos como, por ejemplo, corroborar que son universitarios con altas funciones de gestión los que integran organismos que premian a estas empresas y a sus gerentes, al mismo tiempo que la Cámara Federal de Tucumán N° II dispone sus procesamiento por violación del artículo 55 de la Ley 24.051; porque la contaminación es un delito federal y la universidad argentina debiera saberlo. También los pobladores cuentan cómo se presentan científicos sociales para obtener información o impartir cursos que permitan a las corporaciones torcer la voluntad de estos pueblos que les niegan la "licencia social" requerida para comenzar a operar. Casos como éstos abundan en las narrativas de los pobladores con los que estoy trabajando en el marco de una investigación sobre recursos naturales.

Está comprobado que el desarrollo de la minería a cielo abierto en base a cianuro devasta los cerros, dejando espectrales cráteres; consume el agua y la energía eléctrica que se necesitan para la vida (se usa un millón de litros diarios de agua en una sola empresa), enferma a los pueblos y mata la agricultura... ¿Podemos los universitarios aducir "neutralidad" frente a esto? ¿Podemos sostener alguna conveniencia de este tipo de producción, más allá de la ganancia de las corporaciones? La función de la universidad reside en generar y sostener miradas críticas sobre toda actividad productiva sospechada de devastación, de contaminación, de no cumplir con las leyes nacionales e internacionales (en relación con las comunidades indígenas); y debe hacerlo desde visiones interdisciplinarias que son las más fértiles. Desde allí, son posibles corroboraciones y alertas de estos procesos, colaboración con la Justicia y con las organizaciones sociales; también, desde ese lugar, se pueden pensar "otros desarrollos".

** Profesora e investigadora del Instituto Gino Germani (UBA).*